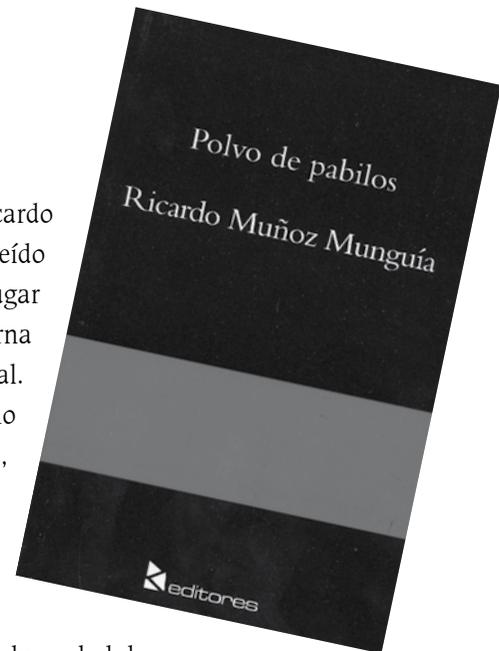


Los poemas-serpientes de Ricardo Muñoz Munguía

D

el poeta y crítico literario Ricardo Muñoz Munguía (Puebla, 1970), había leído y admirado su libro *Amanterio* (2005), lugar de los amores y de la muerte que retorna a la vida; canto a Eros, al impulso vital. Recientemente, llegó a mis manos su último poemario, mucho más cercano a lo tanático, a lo espectral, fantasmal y nostálgico: *Polvo de pabilos*, en cuyo título se unen dos realidades —el polvo y el pabilo de una vela— ¿acaso para intensificar lo efímero y contingente de las presencias, la brevedad de cuanto nos rodea? Esa interrogante suscitó la sola lectura del hexámetro contenido en el título.

El volumen se inicia con el nacimiento de “algo”: “Algo nace dentro del infierno”. La primera de las seis secciones que componen el poemario, “Furia de soledades”, comienza con un desfile de imágenes alucinantes, como ésta: “niebla de espinas encarnadas en frases”. Tal vez ese “algo” sea el propio poeta: “habito sin nombre y sin dios”, sostiene más adelante. Como Dante, el *yo* lírico debe descender al infierno para conquistar el cielo erótico en el último y más extenso poema, titulado precisamente



Ricardo Muñoz Munguía,
Polvo de pabilos, México, K Editores,
2009, 103 pp.

“Paraíso de brasas”. Del infierno al paraíso, el libro se mueve entre nervios y turbulencias, vidrios y paredes, sueños y angustias, purgas y nostalgias. Como en ritos iniciáticos, las palabras recorren el fuego y la luz. El punto final de cada texto es la imagen de una vela, cuya luminosidad breve, esclavizada a un pabilo, sin embargo, se mueve.

En su conjunto, el libro está tejido de “esqueletos de sombras”, materia onírica que se desplaza en sinuosos encabalgamientos como serpientes, pero también de nostalgia, como ocurre en los poemas donde se recobra una parte de la infancia: “La escuela” o “La casa duerme”, así como de una poética del ánimo, de la motivación literaria: en “Desnudo”, el *yo* lírico se desprende de todo para escribir. Desfilan símbolos que descuartizan los sentidos o los envenenan de oscuridad; por ejemplo, un “visitante leproso” con arañas en las manos, “gritos de sangre”, “nervios estrangulados”. Esta figura es comparada con el mar de Veracruz, que al estrellar sus brazos sobre las rocas, se mutila en cada ola. En su “verdadera cruz”, la mirada del poeta se hunde nuevamente en los infiernos. Tal vez los únicos poemas eróticos sean “Noche luminosa”, donde leemos: “Tu boca que ahora son mis labios/ sin mancha de soledades”, así como el más largo del volumen: el ya mencionado “Paraíso de brasas”, con imágenes como ésta: “El principio donde nuestros cuerpos.../ no son caricias sellándose una sobre otra/ al hacer de su pasión siameses/ que fueron fundidos en su lucha/ para someterlos en un solo grito...”.

En un texto ya clásico, el formalista ruso Víctor Sklovski se refería a la *desautomatización* que sólo el arte es capaz de provocar. Siguiendo a este crítico, Helena Beristáin habla del impacto psíquico, del *extrañamiento*, de la impresión artística:

la automaticidad —afirma— con que los objetos se presentan rutinariamente ante nosotros hace que los percibamos de manera

inconsciente, y todo lo que se desarrolla inconscientemente “es como si no hubiera existido”, dice este autor [Sklovski] citando a Tolstoi. El arte, en cambio, se opone a la automatización, y da “sensación de vida” al hacernos percibir los objetos de manera desautomatizada (Beristáin, 1997:9).

Cualquier elemento cotidiano es captado como si se captara por vez primera; como si se produjera un primer encuentro. Eso ocurre en el poemario de Muñoz, y por ello quizá la obra artística —parafraseando a Cioran— es susceptible de diversas interpretaciones. En la medida en que se trata de un organismo vivo, en cada época, en cada espectador, en cada lector puede provocar una lectura distinta. Las palabras o frases gastadas por la práctica diaria del lenguaje son evitadas y el poeta —en el sentido original de *creador*— acuña formas frescas e intensifica las imágenes, las vuelve más vivas. El poema “En el parque” es sólo un ejemplo de la intención primordial de todo el libro de Muñoz Munguía: “La mirada de los árboles/ entre los ojos y las hojas/ del ebrio y la prostituta,/ nace y muere a diario./ El día terminado/ sube su memoria/ a los músculos de las ramas.” No es este el lugar para hacer un análisis retórico de poesía, pero los versos anteriores bastan para ilustrar la *desautomatización* del lenguaje cotidiano a la que se refieren Sklovski y luego Beristáin.

Si bien en toda mitología se representan dioses y espíritus maléficos de la propia interioridad humana, así como seres ambiguos y el sacrificio violento tejido de palabras, no es a las mitologías clásicas a las que recurre el poeta que nos ocupa, sino a la que él mismo ha soñado o vivido:

La enloquecida perra
 arranca trozos de mi pecho
 para alimentar su rabia;
 luego vomita en mis labios y en mis
 ojos
 la angustia sangrienta que corre,

me corre,
hasta el grito sordo
que también corre,
me corre,
en río de alabanzas.

El creador bosqueja y construye su propia mitología a partir de temores, angustias, sueños, pesadillas, tristezas o alegrías que no se miden ni cuantifican sino por su intensidad y permanencia en la *psique*. En este sentido, el umbral de lo sagrado no se ha ido con la desacralización del mundo. Al contrario: se ha diversificado.

Cada texto de *Polvo de pabilos* sorprende; cada poema *desautomatiza* la cotidianidad, nos impacta por la belleza, el ritmo y la precisión de las imágenes. Leer los poemas de este libro en

voz alta, a la luz de una sola vela, es experiencia que diluye los sentidos, por instantes, en un tranquilo sueño, pero de repente en una pesadilla, sin aparente escapatoria, que nunca será aplastada por el olvido.

Por último, en el poema “La lámpara”, aparece la imagen de unos “poemas-serpientes hundidos en los sueños”. Es ésta quizá una definición acertada de muchos de los textos que componen este poemario. [LC](#)

BIBLIOGRAFÍA

Helena Beristáin (1997), *Imponer la gracia. Procedimientos de desautomatización en la poesía de Rubén Bonifaz Nuño*, 2ª edición, México, UNAM.